



Año I.

Madrid 10 de Mayo de 1866.

Nº. XXXII.

LA MORALIDAD.

Si la prensa ha de contribuir á que los abusos desaparezcan, si ha de ser el eco de toda reforma útil, si ha de ser el centinela constante del orden y de las buenas costumbres, no debe dejar ni un momento de combatir los abusos que en cualquier concepto se cometan, sean cualesquiera los medios de que se valgan los que especulan con las continuas transgresiones de la moralidad y de la decencia.

En la novela, en el teatro, en las artes hay imaginaciones descarriadas que presentan espectáculos repugnantes, rechazados por el decoro y por el buen gusto.

Sin hipócritas escrúpulos, sin que deseemos hacer alarde de quijotismo en defensa de las buenas costumbres, preciso es que abogemos por ellas aun en los pormenores que mas insignificantes parezcan.

Combatir las armas de mala ley con que algunos escritores inexpertos pretenden hollar la dignidad de una clase respetable, exponiéndola al mas escandaloso ridículo, con invenciones mas ó menos bien urdidas; poner de relieve el espíritu que predomina en esos libros dados á la estampa, sin duda para comerciar con la originalidad de un título, no teniendo en cuenta que al emplear tales recursos la ofensa se la infiere á si mismo el autor: tales son los deberes de la prensa cuando la libertad de expresar el pensamiento da origen á obras escritas con ineficaz objeto y con fines tan poco laudables.

Para que la libertad del pensamiento no produzca resultados desastrosos, es indispensable que los hombres que sientan en su alma el deseo del bien, com-

baten con obras de tendencia moralizadora esos abortos de imaginaciones enfermas, y que difundiendo mucho los buenos libros, caiga sobre los malos el velo del olvido y se hundan para siempre en el abismo del desprecio.

Nosotros no citaremos las obras á que nos referimos, porque sería darles demasiada importancia; solo si pretendemos hacer observar á nuestros lectores que á medida que crece el número de publicaciones perjudiciales para la familia, es preciso que aumente el noble deseo de los hombres honrados, con el fin de que la lectura que influye en buen sentido tenga la extension posible y llegue á todas las clases, destruyendo el pernicioso efecto que puedan producir los libros que como sutil veneno, se introducen en el seno del hogar. Hemos emprendido en nuestra publicacion la honrosa tarea de abogar por la educacion de los niños, y para ello tenemos que luchar con los mil obstáculos que á cada paso encuentra lo que puede traer, si no hoy, mañana, beneficios seguros.

La moralidad ha sido una de las bases de nuestro pensamiento, y tenemos que colocarnos frente á frente de cuanto pueda contrariarla.

Hoy, por desgracia, la prensa se ha visto en el caso de denunciar un abuso que se comete en algunas tiendas de comercio de esta corte con la exposicion permanente en los escaparates de láminas que ofenden á la moral pública, y que hacen apartar los ojos con indignacion aun á las personas menos escrupulosas.

El teatro, el libro, la obra de arte, como manifestaciones del pensamiento, si faltan al decoro, y si ofrecen á la vista de una manera escandalosa, afectando cuanto hay de mas sagrado en el alma de la mujer, el rubor, dan una idea muy triste del estado de las costumbres. Nosotros creemos cumplir con un deber llamando la atencion del gobier-

no, para que se ponga coto de una vez á esos atentados incalificables contra la moral pública, termómetro que mide el grado de depravación á que pueden llegar los pueblos en donde se expone á la luz del día el ejemplo de la perversidad y del desorden.

EN LA AURORA DE LA VIDA (1).

Por los valles mas frondosos
Que encantos al alma ofrecen,
Corriendo van afanosos
Muchos niños, tan hermosos,
Que del cielo me parecen.

Y suspenden su carrera
Al ver que en una pradera,
Del alto monte vecina,
Brotó suave y placentera
Una fuente cristalina.

—«Llegad!»—les dice un anciano
Que junto á la fuente mora,—
«Bebed, y no será en vano;
Que el manantial es muy sano
Y el agua consoladora.»

UN NIÑO.—Si apaga la sed ardiente.....

EL ANCIANO.—Y ella da luz á la mente
Y fuerzas al corazón.

—¿Como se llama la fuente?
—La fuente de la razón.

Que pronto á la edad llegásteis
En que os la brinda el destino;
Y es que el paso acelerásteis,
Porque entre flores hallásteis
Fácil y hermoso el camino.

Todos corren, no es extraño,
Que van de engaño en engaño.
Tras una sombra perdida
Con que sueñan, por su daño.
En la aurora de la vida.

Y así de la bella infancia
Van olvidando hasta el nombre,
Y aun en su loca inconstancia,
Les enoja la distancia
Que existe del niño al hombre.

—¿Tenemos mucho que andar
Para poder penetrar
En los misterios del mundo?

—Si al fin habeis de llegar,
Cese vuestro afán profundo.
Y no veis con pesadumbre
El monte que el valle cierra?

Que la ilusión no os deslumbre,
Que á trasponer vais la cumbre
Con mil pasiones en guerra.

(1) Estamos autorizados por nuestro querido amigo el distinguido escritor Sr. Bustillo, para la publicación de esta encantadora poesía, que sin su permiso, y aun sin su firma, ha sido reproducida por muchísimos periódicos de la corte y de provincias. No es la primera vez que hacemos observar este atentado contra la propiedad literaria, y tenemos entendido que El Liceo Español en la sección correspondiente se ocupará de los medios oportunos para evitar abusos de este género.

Siempre abrasa en la subida
El sol de la juventud;
Cuidad de no ver perdida
Con la aurora de la vida
La senda de la virtud.

Y andad, niños, que ya os dejo.
Aunque el alma bien lo siente;
Nunca olvideis el consejo
Que os ha dado el pobre viejo
Que hallasteis junto á la fuente.»

Y allá van en su conciencia
Oyendo la voz sentida
Con que advierte á su inocencia
La bienhechora experiencia
En la aurora de la vida.

Eduardo Bustillo.

LA VIRGEN DE BEGOÑA.

Hay voces cuyo nombre sólo encierra el poema más sublime y acabado que el génio del hombre, herido por un destello celeste, puede crear en su fantasía ó sentir en su delicado organismo.

Frases dulcísimas, que exhalan los labios, más tiernas y embelesadoras que el suave gorjeo de la avecilla que en limpios trinos modula sonidos armónicos, que seducen como el lenguaje amoroso de una madre ó el suspiro apasionado de la mujer soñada en la adolescencia.

La Virgen, ese escalon para llegar al cielo, cuyo manto, blanco como la pureza que emana su recuerdo, alberga entre sus pliegues tantas almas inflamadas de amor, encierra en los variados y poéticos nombres con que el amor de sus hijos la bendice, la más ideal figura que la humana inteligencia pudo crear para su más íntima adoración.

¿Quien es el que no conoce á Nuestra Señora de los Bosques, dice el sensible Chateaubriand en sus *Devociones populares*?

¿Y quién no ha pedido su intervención á Nuestra Señora de Begoña, me atrevo yo á decir á todos cuantos llegan desfallecidos hasta la santa colina donde se alza risueño su portentoso santuario?

Los habitantes de la localidad que consagran su culto especial y adoran su imagen bajo la tierna advocación de un nombre tan dulce cual su sentimiento, como los pobres desterrados del hogar nativo, que conservamos el germen de amor que el Criador puso en nuestro pecho, y que alimentó la virtud y religiosidad de una madre, corremos solícitos á dar nuestra veneración y á pedir su amparo á la Santa Madre, vida dulcísima y esperanza nuestra, ¡la Virgen de Begoña!

Balucead estas frases junto al lecho desde el cual va á volar, en giro misterioso y santo, el alma, limpia como su vida, de la pobre mujer que ha vivido practicando la moral cristiana, al par que regando de abundante sudor sus queridos valles de Vizcaya.

La Virgen, os dirá aquella alma herida por los designios de Dios, cuidará de mis hijos, y les mostrará el camino que su madre siguió; y la Virgen, cuando acaben esos días penosos que les sujetan á la tierra, los llevará á mi lado á gozar para siempre de la ventura reservada á los justos.

Preguntad al esforzado marinero vascongado dónde lleva grabada la imagen de su santa patrona.

Vereis cómo, enternecido, y con una mano en su agitado corazón, mientras con la otra borra la humedad que siente en su rugosas mejillas, os cuenta con enérgica expresión el naufragio horroroso en que creyó perecer.

Aquel tosco marinero os causará inefable delicia con el vigoroso relato de sus tribulaciones.

Su turbada vista, atravesando la inmensidad del Océano y posada en la casita sacudida por el abrego, donde sollozan las prendas de su corazón; la serena mirada elevada á la amorosa madre que presencié el horrendo martirio de su Divino Hijo, y que se afana por salvar á sus protegidos, que son todos cuantos la imploraron para no tener más lágrimas que llorar: el grito arrancado á su alma por la celeste aparición deslumbrando entre los negros celajes que se rosaban disueltos por la aureola de la gracia.

La promesa articulada en el pavoroso trance, y cumplida con ferviente anhelo cuando pudo arrastrarse con las rodillas desnudas hasta las gradas de su trono.

Todo esto oireis al marinero en frases pausadas, solemnes y conmovedoras.

Y la *Virgen de Begoña*, os dirá aquel hombre al terminar su poética y desaliñada relación, es la que me dá fuerzas y alientos para arrostrar los trabajos peligrosos de los mares. Porque la *Virgen* que fortalece la fé y presta esperanza y consuelo á la madre moribunda, no abandona en el peligro á los que dirigimos nuestras sencillas paces entre el inmenso piélago que sostiene la frágil nave que nos aleja del bendecido santuario.

Y todos, todos los que no son tan desgraciados como esos pobres y descreídos escépticos, cuya estraviada y soberbia inteligencia no se aviene con la sencilla credulidad del campesino, ni con la firme creencia del que fortifica su fé y ensancha el corazón en las prácticas religiosas, alimento de su espíritu, necesidad de las tres facultades de su alma, y manifestación de sus sentimientos, á todos los vereis recogidos en el amor de la Santa *Virgen*, madre de virtudes y de misericordia.

¿Y qué fuera del mundo y de los hombres, si no brotaran esas risueñas flores de la fé, en cuyo perfume se aspira una dicha consoladora que calma las pasiones y aduerme los sufrimientos?

La suplicante oración elevada al pie del altar, temple las penas que por doquier nos cercan, y el hombre necesita sumergir su espíritu entre los maravillosos é impenetrables arcanos de la más bella de las religiones, lo mismo que anhela los dulces é inocentes goces de la familia para entibiar las amarguras de la vida.

El alma se extasia en la contemplación de un poder sobrehumano y milagroso, y así nace el afecto y veneración con que mira á las sagradas imágenes que constituyen el culto de toda una comarca.

Tal sucede con la *Virgen de Begoña*.

La tradición popular, sencilla como todas las tradiciones hijas de la vulgar credulidad, os dice que la santa imagen fué hallada en una encina en el mismo tronco que hoy ocupa, y que los materiales del templo que se trató de edificar en otro lugar eran trasladados de noche á la encina donde habia aparecido la *Virgen*; la etimología de su nombre os la explica, diciendo que uno de los hombres principales del pueblo oyó decir á la san-

ta imagen *Begoña*, y estas palabras significan que queria estar quieta en el sitio donde la hallaron.

Que analicen los incrédulos lo que hay detrás del dudoso prodigio, que no por eso goza ménos el espíritu con esta creencia y confianza milagrosas.

Nosotros vamos á subir al templo donde se adora la más amorosa y tierna de las madres.

Es el 15 de agosto, y en este día sólo viven los fieles para la *Virgen de Begoña*.

Mirad cómo apenas ha iluminado el sol las crestas de esos montes, que alientan densos vapores, suben al santuario con el pecho palpitante los hijos de *Maria*.

Alegres sonidos de campanas que el cefirillo matinal esparce por la campiña, ayudan con una misteriosa atracción, y prestan fuerzas al débil anciano, que desde lo más hondo del fantástico precipicio que ahora mira á sus piés, viene á dejar una ofrenda y una oración á los piés de su abogada.

Allí, dentro del templo resplandeciente de luz divina, la tímida doncella eleva una plegaria tan sencilla como su alma y tan pura como su cuerpo, y el mancebo, que se mira en sus ojos, los fija penetrantes en la *Virgen* para pedirle que fortifique la fé y la esperanza que á veces llegan á faltarle en el mundo, y todos depositan en el altar la manifestación de sus deseos y la satisfacción de su inmensa gratitud.

Consolados y alentados en sus dolores, terminada la celebración religiosa, se esparcen por los lozanos campos en busca de solá y entretenimiento. Esta es otra fase de la romería.

¿Y no sabeis lo que es una romería en el único país que sabe conservar sus tradiciones?

Es un cuadro de amor y fraternidad, que hace sonreír de admiración.

Es la poesía realizada de esa otra cadenciosa y formulada que forma el más completo ideal de la imaginación.

Es una fiesta cuyos detalles no tengo fuerzas para copiar.

Algún día, cuando, vagando tranquilo por las llanuras de Castilla, revolotee en torno del hogar doméstico, y hieran mi memoria pasados lugares y costumbres, serán estos cuadros los que trataré de bosquejar con la pobreza de mi estilo, para refrescar marchitados recuerdos.

En tanto luce el sol que ha de alumbrar aquellos días, pediré su dulce amparo á la santa *Virgen de Begoña*.

A. P. Rioja.

CARIDAD

Allá, en hondo rincón de una vivienda
Húmeda, triste, pavorosa y fría,
Hay un lecho de paja y hay un hombre
Que poco á poco espira.

Su aliento entrecortado y su congoja
Hacen más espantosa la agonía;
El aire no le cabe ya en el pecho,
Le abandona la vida.

No tiene en este mundo más esposa,
Más hijos, más hermanos, más familia,
Que la esperanza en Dios: ese gran faro
De lleno le ilumina.

No espera sin razon: desde su trono
El Señor vó su estado, y ya le envia
Inspirada por El, por El guiada,
Alma caritativa.

Un sacerdote sabe su miseria,
Sus pasos presurosos encamina
A dar, si puede, su consuelo al pobre.

Que tantos necesita;
Y sin miedo al contagio del enfermo
En su lecho de paja se reclina.
Diciendo con dulzura: «Hermano mio,

Dime, ¿por qué suspiras?»
Vuelve su torva faz el moribundo
Hacia el ministro del Señor, y mira
A su lado una luz tan prodigiosa,
Que inunda de alegría.

Se repone un momento, quiere hablarle,
¡Que dulce confianza al triste inspira
El eco de sus plácidas palabras,
Su célica sonrisa!

Quiere hablarle, y no puede, que la muerte
No deja pronunciar la despedida;
Hace un esfuerzo, logra incorporarse,
Sonríe al fin... y espira.

Levanta el sacerdote su cabeza,
Y á Dios pide, postrado de rodillas.
El descanso del alma de aquel hombre
Que ha dejado la vida.

Y Dios, que le recibe allá en el cielo
Al buen ministro complacido mira
Y teje una corona de laureles,
Corona merecida.

Porque la caridad ardió en su alma
Y dió consuelo al pobre que moria,
Porque le hizo espirar dando á sus lábios
Una dulce sonrisa.

Adolfo Miralles de Imperial.

EL SUICIDIO.

UNA LECCION A LOS TONTOS.

Se lanzó á socorrerle, y vió que aun vivia: entonces dió gritos de *socorro!* y al cuarto de hora estaba la casa y la calle llena de gente, descosida de ver un espectáculo sin que le costase un ojo de la cara, como los dramas del teatro, y codiciosa siempre de emociones gratuitas, que despiertan su curiosidad.

Mientras la justicia cumplia con su deber, Eduardo se acercó á la mesa, y leyó estas líneas, en un papel con orla negra.

—«A nadie se culpe de mi muerte, pues muero por mi mano y propia voluntad.»

Mas allá habia una carta cerrada, dirigida á Lineta, cuyo cierre estaba con negro lacro tambien. Eduardo, sin miramiento alguno, rompió furioso el sobre, y con ojos de fuego devoró su contenido, que era el siguiente.

—«Amada Lineta: como sé que antes de pertenecer á ese hombre vas á morir, yo quiero predecerte en tu camino.

—«Me privo de una existencia que detesto sin tí, y ambos unidos en la eternidad, pediremos al señor perdone nuestras culpas y bendiga nuestra union en el cielo!...»

Eduardo, al finalizar esta carta, lanzó un rugido de furor, y la guardó en su pecho temblando de ira.

Entregó al Juez los renglones que anteriormente habia leído, como salvaguardia para sí, y para los que creyesen podian haber influido en aquel acto de desesperacion, y despues de acompañar al herido hasta el hospital, se lanzó frenético otra vez á casa de los desposados.

Cuando entró en el salon, Lineta bailaba con su esposo, y parecia adormecida en sus brazos por la felicidad. Todos reian y gozaban, despues de haber libado exquisitos licores y delicados dulces y manjares.

Nadie pensaba en la muerte ni en aquel infeliz que se habia suicidado, imaginando al menos que le compadecerian.

¡Error de los miseros hombres, cuya cabeza se ve exaltada por esa culpable idea!...

El suicida busca antes de morir las lágrimas de la ingrata por quien comete ese horrible crimen, y si pudiera alzarse de la tumba, en vez de lágrimas hallaria abrojos, y en vez de oraciones, un grito de horror y reprobacion del mundo entero; pues como dice el sublime autor del bellissimo drama *Un poeta y una mujer*,

¡El asesino, el ladrón,
Encuentra en la religion
De su delito el consuelo.
Y despues perdon y un cielo!..
¡Yo ni cielo ni perdon!

¡El desengaño era horrible! pero Inocencio no podia presenciarle.

Eduardo estaba lívido ante aquel mundo que se agitaba de placer y reia con locura, mientras él venia salpicado aun de la sangre de aquel amigo infeliz, cuyos brazos habian estrechado los suyos momentos antes, como para despedirse en su agonía.

Un pensamiento terrible le habia hecho volver al baile, y varias veces quiso ponerlo en ejecucion.

Este era, el arrojar entre los felices esposos el billete escrito por su amigo, y que su lecho nupcial fuese precedido por las últimas quejas del que ya suponía cadáver; pero de repente otra idea más poderosa le hizo dejar el salon, y ya cerca de la media noche, cruzó las calles de la ciudad, y agredado á un médico forense, muy amigo suyo, se internó en el hospital, donde se hacia la primera cura á su desventurado amigo.

Ocho dias debian durar los festejos de la boda de Lineta, que, dispuestos por su acaudalado esposo, iban á ser suntuosos y brillantes; pero á los dos dias la novia feliz, tuvo el capricho de ponerse á leer un periódico y encontrar en las gaceticillas un suicidio por amor, cuyo protagonista era un pobre muchacho, llamado Inocencio.

Lineta abrió los ojos cuanto pudo para convencerse de lo que leia, y al fin dió un grito y quiso caer desmayada; pero por más que hizo, no pudo perder el sentido, y entonces reflexionó que seria escandaloso desmayarse en un dia de bodas por otro que no fuese su marido.

Se levantó, tomó un vaso con agua, bebió una poca para tranquilizarse, y mirándose en seguida á un espejo, se irritó consigo misma, pues encontró su semblante descompuesto y feo.

Es preciso ahogar mi dolor, dijo, y procuró sere-

narse; y tanto lo consiguió, que á la hora del desayuno, todos convinieron en que estaba hermosa.

Almorzó con bastante apetito, y cobró entera conformidad y consuelo con estas poderosas razones.

—¡Ha sido un bien que ese pobre muchacho piense en matarse; pues á no ser así, me hubiera seguido como la sombra de Nino á todas partes, y yo no hubiera podido gozar tranquila de mi brillante posición.

—¡Siempre fué un imbécil ese muchacho! Y contenta como una alondra en un día bellísimo de sol, salió en su carretela de damasco azul, acompañada de su esposo y de dos amigos, que la decían mil flores exquisitas y adulaban su encumbrada posición.

Le pareció el paseo muy delicioso, y el porvenir que se le presentaba bellissimo y lleno de ilusiones; así es que el espectro de su antiguo amante no se interpuso formalmente entre sus ideas y su corazón.

Ni siquiera por romanticismo pensó en llevar flores á su tumba, ni plantar un sauce en memoria de su sacrificio.

Tenia cosas muy grandes que pensar, para una mujer coqueta, y no la importaban esas *pequeñeces* y *bagatelas* de las almas sensibles y religiosas.

Ocupaba su mente la gran cuestión, de qué traje elegiría para el baile que daba su esposo la siguiente noche, y por más que devanaba los sesos, menos daba con el color y la tela que la haría parecer más hermosa; por último se decidió por un vestido flor de malva, con blancos encajes, y racimos y espigas formando pabellones.

Se lo probó cien veces, hasta que se convenció que estaba encantadora, así como las pulseras y demás diges de un aderezo riquísimo de diamantes y perlas, con el cual creyó se parecía en todo á la bellísima Emperatriz de los Franceses.

¿Quién se acordaba con tantísima rica joya de aquel pobre muchacho, que solo llevó en vida un levisac raído y unas botas de charol, retocadas con aceite cien veces lo menos para sacarles el brillo perdido?

A esta idea, una sonrisa burlona vagó por los finísimos y sonrosados labios de la graciosa niña, y pensó lo bien que había hecho su amante en quitarse de en medio, antes de arrastrarla á una misera bohardilla, con su hambre y su amor, por únicos alicientes.

Ni un momento pensó la ingrata en el bellissimo corazón de Inocencio, ni en su hermosa alma, ni en sus virtudes, ni tampoco tuvo la tontería de meditar que le había arrastrado al más terrible crimen con sus odiosos fingimientos.

Ella solo había aprendido á sacar partido de la vida, y las cosas del espíritu le parecían cadenas insufribles, que era preciso romper para lograr la dicha.

Procuró no volverse á acordar de allí en adelante de nada que lastimase su corazón, y encargó á su doncella que no dejase nunca los periódicos en su velador, por si traían en las variedades, ó en la gaceta, tonterías como las que había leído el día anterior.

Tomadas estas precauciones para su completa tranquilidad, solo se ocupó de los preparativos de la fiesta, y tuvo que reñir no poco á la modista y á la costurera, á la una por haberle echado poca cola al vestido, y á la otra por haber pegado mal un adorno de *quipure*.

Un dolor de cabeza la hicieron pasar aquellas majaderías con su torpeza insufrible, y tuvo que tomar café y acostarse un rato para emprender de nuevo su *toilette*.

Por último, salió radiante de belleza ante sus convidados, y llena de placer, porque los espejos habían satisfecho, no solo su orgullo de mujer, si no su vanidad de rica y hermosa hembra.

Entre tanto, los criados cruzaban en varias direcciones, para preparar un espléndido buffet, cuyos exquisitos manjares habían sido traídos de la fonda más renombrada, por servirlo todo con lista francesa y tener criados de todos los países.

Como entre la servidumbre hay su aristocracia también, los que habían sido llamados casa de Lineta era lo más escogido de la fonda.

Entre ellos iban dos jóvenes, dignos de llamar la atención de encoquetadas damas, á no hallarse estas abstraídas completamente escuchando galanteos, ó lanzándose á las vueltas de un rápido vals, que debía poner término por entonces á la danza, para empezar el gran ambigü.

Aquellos dos criados singulares llevaban rico traje negro, con su elegante frac, y su indispensable guante blanco, para demostrar la grandeza de los señores que servían.

El uno era de graciosa figura, con grandes ojos negros y una boca animada por una burlesca sonrisa.

El otro era más esbelto; pero más tímido, más espiritual. Su palidez era terrible, y sus ojos, rasgados y azules, estaban hundidos y como bañados de lágrimas.

Tenia fatigosa la respiración, y ocultaba casi las perfecciones de su rostro con una gran patilla inglesa, y unos cabellos largos y ensortijados, que casi cubrían sus blancas sienes.

Nadie había reparado en aquellos dos hombres, que, confundidos con la servidumbre, servían la mesa, mirando con desencujados ojos los menores movimientos de la joven desposada.

Esta estuvo ocurriendo, graciosa, hechicera, llevándose la atención de los convidados, y demostrando en su alegría y placer exclusivo la dicha que sentía.

Cuando concluyó la cena, la palidez de aquel joven singular de la servidumbre era casi mortal; pero su compañero seguía riendo irónicamente, y fijando sus grandes ojos en Lineta.

Cuando los señores pasaron al salón, aquellos dos hombres misteriosos huyeron del grupo de criados, y mirándose dolorosamente se arrojaron el uno en brazos del otro, diciendo recíprocamente.

—¡Inocencio!

—¡Eduardo!

—¡La prueba ha sido terrible verdad, mi novalesco y pobre amigo? pero creo que ya estarás curado de tus tonterías.

—¿Te has convencido al fin de que el matarse es la barbaridad mayor que comete el hombre?..

—¡Vamos! déjate ya de lágrimas y sentimentalismo, y vámonos á cenar á una fonda, alejándonos de esta casa, donde has recibido una lección que te hará más filósofo que Esopo y Pedro Epiteto y Sócrates.

El gran libro de la sociedad, amigo mío, enseña más en un cuarto de hora que Jenofonte y Quintiliano en un siglo.

¡Vamos! ¡sacude la melancolía, y huyamos de aquí, donde pudieran descubrir que no somos criados, costándonos un duelo quizá lo que debe ser un recuerdo para despertar nuestra risa y buen humor únicamente.

—¿En que piensas, pues, que no me sigues?

—¡Pensaba, dijo Inocencio al fin, en el dolor de mi pobre madre, si llega por casualidad á sus manos ese funesto periódico, donde tuviste la idea de anunciar mi muerte, para llevar á cabo tu proyecto de hacerme conocer lo que son las mujeres!

—¡No había pensado en ello, dijo Eduardo pali-
deciendo y estrechando la mano á Inocencio! Solo el amor de las madres es verdadero en el mundo. La mía se dejaría matar cien veces por el menor de mis caprichos, y ¡nosotros, los hijos ingratos y crueles, damos la vida por cualquiera muchacha bonita y veleidosa, sin pensar que desgarramos el corazón á nuestras madres....

¡Vamos! pongámonos ahora mismo en camino para tu pueblo, y vé á lanzarte á los pies de la que tan sin piedad querías dejar sola y abandonada en el mundo.

Por fortuna tu herida fué leve, y restañada la sangre, no ha quedado de ella más que el eterno recuerdo de una solemne tontería, que alguna vez te hará avergonzarte de tí mismo; pero ¿no te parece horrible la idea de haber sucumbido, asesinando á la vez á tu pobre madre?

—Mañana pasaría por encima de tu tumba esa coqueta sin corazón, que te hizo cometer tal atentado, llena de galas y perfumes, no recordando siquiera que la fosa que hollaba con sus pies era la de aquel hombre sensible y lleno de pasión que había muerto por ella.

—¿Se baña tu rostro de llanto?... ¡Razon tienes!...

—¡Ea, sígueme, y recuerda solo esta noche de agonía para hacer dichoso tu porvenir.

Y Eduardo, volviendo la vista al salón del baile, donde se preludiaba un escotillon, lanzó su acostumbrada sonrisa, y desapareció, llevándose del brazo á su amigo Inocencio.

Después de este episodio singular, nos hemos encontrado varias veces los dos amigos en los paseos, en los teatros y en los cafés.

Inocencio sabe reír ya como Eduardo, y en todo piensa menos en matarse.

Conoce perfectamente á las coquetas, y ha quedado entre ambos jóvenes la costumbre de decir, asustando sus gemelos á las hermosas que pasan á su lado:

—Esa es una Lineta!

—Esto quiere decir entre ellos: Esa mujer es muy temible porque el vicio que se revela y se distingue de lejos, no lo es tanto como la maldad encubierta bajo el velo de la inocencia y la sencillez.

Rogelia Leon.

LAS HORCAS CAUDINAS. POR F. DE ZULUETA.

I.

Dice Dominguez en su Diccionario:

«Horcas caudinas. Desfiladero de la cadena del Apenino en el reino de Napoles, situado al N. E. de esta ciudad.

«Es célebre por la derrota que en él sufrieron las tropas romanas el año 521 antes de J. C.»

La Academia de la lengua y Salvá se callan como muertos y no emplean la sin hueso castellana de sus respectivos Diccionarios en hablar de tales horcas.

Y es extraño que el buen Dominguez, que tenía á la Academia montada en las narices, no se acordara de sacudir el polvo á sus seis voluminosos *in folios* que ordinariamente se están muertos de risa en las bibliotecas, á pesar de su gravedad académica y de la ostentación oficial con que pretenden explicar la frase más vulgar que comunmente suele quedar oscurecida con sus explicaciones.

Pues bien, caro lector: ni la Academia en su gran Diccionario, ni en las innumerables ediciones de su más reducido panteón de primeras y últimas letras castellanas, ni Salvá, ni Caballero, ni la sociedad de literatos del Sr. Campuzano ni la sociedad de *personas especiales en letras, ciencias y artes*, cuya enumeración, si fuese alfabética constituiría otro diccionario, se han acordado para nada aquellos en sus frases y voces, estos en sus *vozes*, frases y locuciones usadas en España y en las Americas españolas, de las dos palabritas que sirven de epigrafe á mi relacion novelesca.

Yo me he dado de calabazadas, y eso que no tenía la cabeza de ningún colaborador de Diccionario, para encontrar el texto explicativo de mi epigrafe; pero ¡bah! si ni en las Americas españolas dicen esos señores especiales que se usa la locución frase, ó como quieran llamarla y á la que yo me refiero.

Tengo que advertir á ustedes, por lo tanto, que no trato de describir ninguna ejecución capital ni ningún instrumento de esos antiguamente usados como suplicio y que sirvieron para presentar en pública espectación á los delinquentes, ni el instrumento con que se cogela paja, ni el que sirve para sostener las ramas de los árboles, armar los parrales, etc. etc., ni trato de dejar horca y pendón, ni de ocuparme de los señores de horca y cuchillo, ni de mostrar la horca antes que el lugar, ni soy tan pesimista que entre sonrisa y sonrisa exclame: «para los desgraciados se hizo la horca.

No, señor. Mi objeto es completamente distinto. En mi vida me he topado con horca alguna, y los que voy á escribir renglon tras renglon es uno de los episodios de mi vida.

II.

Yo siempre he sido muy original.

He huido toda ocasión de parecerme al común de las gentes. La palabra vulgo me asusta. Lo único que no he leído de nuestra literatura son las coplas de Mingo Revulgo.

Si alguno quiere incomodarme trabajo le mando. Tengo más correa que los correos de gabinete que han contraído matrimonio. Pues bien, á pesar de eso, que diga uno como se parece Vd. á Fulano! ya me tiene Vd. furioso hasta dejarlo de sobra.

No quiero parecerme á nadie. Así que cuando oigo decir á todos; ¡qué original es Fernando! ya estoy en mis glorias.

Mi sombrero es de una hechura especial, mi pantalón estrecho cuando se llevan anchos y ancho cuando se usan estrechos; Si es moda llevar cuellos bajos, yo llevo alto y si se usan altos me pongo uno á la marinera. Mi gaban está siempre en oposición con los de los demás: si se llevan levi-

tas agabanadas ó gabanes entallados, me hago un saco enorme.

A pesar de todo no consigue la gente reirse de mí. Llevo un aire de conquistador capaz de tener á raya la hilaridad de los mas osados, y cuando alguno me tose le pongo una cara de pocos amigos que no hay más que pedir.

En el mundo, en la sociedad me pasa lo que en mi persona. Nunca me obligo á cumplir con nadie. Hago mis visitas á la buena de Dios, entro y salgo en todas partes sin permiso; saludo á todo bicho viviente, y un día me paseo solo y otro con una docena de amigos.

Siempre he sido enemigo de dirigir requiebros á las niñas bonitas; pero pasa una fea, y ya me tiene hecho un apasionado amante.

Nunca pude imaginarme que llegaría á tener novia, y el día que la tuve, lejos de ocultarlo, se lo dije á todos mis amigos.

Mi novia me ha comprendido y me deja hacer y acontecer á mi manera. Yo no la he dicho todo lo que la quiero; pero tiene motivos para estar segura de ello, y lo está.

Una noche nos hallábamos ambos en la Zarzuela y en uno de esos duos en que se dice «Te amo» volví la cabeza hacia su palco. Ella me miraba casualmente, comprendió mi movimiento y se quedó clavada en mí. Volvió á repetir el tenor aquellas sacramentales palabras, y la hice un gesto que equivalía á «lo mismo digo.»

Ellase sonrió, y principió la telegrafía de gemelos á disparar flechazo de aquí, andanada de allá, y al salir del teatro nos quedamos tan en inteligencia, que cualquiera hubiera dicho estábamos en relaciones.

Otra noche, en el Teatro de Variedades, me encontré con que mi butaca estaba al lado de la suya, y mientras la Civili hablaba en italiano y yo en buen castellano iba traduciendo todas las amorosas frases que Prosperi decía con comentarios alusivos á mi situación. Ella tenía tal gana de reir, que presagiaría un mal fin á cualquiera otro que yo; pero ¡quía! á mí todo aquello me parecía, muy bien. Yo me decía, «tú te ries, pues nos reiremos juntos» y mis comentarios continuaban. Y salimos los dos del teatro doliéndonos las ternillas.

La tercer noche que la ví fué en Novedades. Se estrenaba un drámon de ocho cuadros, que fué silbado, y yo conseguí cambiar mi butaca por la que estaba detrás de ella. Yo hablé con todas las actrices, y como el drama estaba entre sí caigo ó no caigo, todos mis chistes sirvieron de verdadero espectáculo á cuantos había alrededor. Yo no me descuidé, y cuando el barba en las tablas elevaba su poderosa voz á media idem, empecé yo á continuar mi conversacion con mi individua.

Otra noche la ví en el Real, yo no sé si mis gemelos estuvieron elocuentes, pues á la salida mientras yo levantaba el *portier* para que ella pasara, empezó á cantar sonriéndose el rondó de Sonámbula. Aquello era declarármese, y yo tararé en seguida por el vestibulo la romanza de Fausto.

El Mefistófeles es de nuestro amor quiso ser el portero de su casa, pues undiaque por saber donde vivia pasó tras ella y su mamá, soltó aquel la carcajada mas bestial que he oido en mi vida y al volver yo á pasar para irme á mi casa, exclamó en alta voz, aunque hablando consigo mismo.

(Se continuará)

REVISTA DE MADRID.

El dos de Mayo.—Teatros.—El Circo.—El mercantilismo de algunas empresas. — Publicaciones. — Las sonrisas de la primavera. —

Pocas novedades ha ofrecido la semana anterior pareciendo que, embargado el corazon por el dolor del recuerdo de los primeros mártires de la independencia española, solo era tiempo de derramar una lágrima y elevar una oracion por aquellos que en el *Dos de Mayo* de 1808, con temerario arrojo y blime abnegacion, se opusieron á las victoriosas águilas francesas y sacrificaron sus vidas en aras de la Patria. En efecto: el miercoles 2, aniversario de aquel glorioso suceso á pesar de lo desapacible del día, Madrid en masa se dirigió al monumento donde descansan los restos mortales de aquellos héroes, á rogar á Dios por el eterno descanso de sus almas y á rendir á su putriotismo un tributo de admiracion y de respeto.

El pueblo español no olvida nunca á los que por la independencia de la patria se sacrificaron.

Su gratitud y su nobleza son los timbres más gloriosos de su historia.

Desde que *El Album* no ha dado revista de Madrid á sus lectores, se han estrenado dos producciones dramáticas.

La una titulada «*En brazos de la muerte*» drama en tres actos y en verso de D. Luis Mariano Larra, representado en el Principe, ha obtenido un éxito sumamente satisfactorio, demostrándose en la accion y en la forma con que desenvuelve el argumento, el génio del autor de la *Oracion de la tarde*.

La prensa entera ha aplaudido merecidamente la obra del Sr. Larra. La otra comedia en un acto y en verso tambien, es original de un jóven que apenas contará diez y nueve años y que llevado en alas de su juvenil imaginacion, la ha escrito, llenando perfectamente su objeto. El Sr. Echegaray autor de esta pieza, cuyo título es *Cara y Cruz*, debe estar satisfecho del éxito que ha obtenido su obra. Cuando se empieza á caminar por el aspero sendero de la literatura dramática con tan buenos auspicios justo es que la prensa aliente al que con tales condiciones se presenta. No debe tampoco la critica halagar de tal modo al novel autor que pase por alto los lunares hijo de la inesperienza: por eso nosotros nos limitamos á aconsejar al señor Echegaray que siga animoso los impulsos de su génio, sin precipitarse á dar á la escena las obras sucesivas sin haberlas examinado mucho tiempo, para dejarlas exentas de esas faltas que á una primera obra se perdonan con fundado motivo.

El sábado se celebró el beneficio del actor Mario poniéndose en escena la comedia nueva *El soplo del diablo* y *Cuestion de temperamento* de cuyo éxito daremos cuenta en la próxima revista.

El señor Catalina, al acoger á la juventud que se le acerca proponiendo la representacion de sus primeras obras, merece los plácemes de los amantes de nuestra literatura y consigue el noble objeto de estimular á los que con paso vacilante huellan los umbrales del teatro.

No es muy común tal proceder en nuestros días, para los que solo buscan en las grandes reputaciones un medio más seguro de lucrar llevando por su mercantilismo desengaños justos y merecidos.

El teatro de los Campos Eliseos se abrirá en cuanto la estación lo permita, y sabemos que la empresa está haciendo toda clase de sacrificios para corresponder al favor que el público ha dispensado siempre á aquel elegante coliseo.

El viernes por la tarde salieron de Madrid SS.MM. y la Real Familia con direccion á Araujuez.

Entre los periódicos cuya publicacion se anuncia en Barcelona, cuéntase el *Memorial Numismático Español*, cuya direccion está á cargo de don Alvaro Campaner, acompañándole en su redaccion D. Aloiss Heiss, D. Jacobo Zobel de Zanhis, D. Carlos Castroveza, D. Celestino Pujol, don Juan de la Rada y Delgado, D. Arturo Pedrales y D. Cayetano Carreras.

Esta publicacion podrá contribuir á que se difunda en España la afición á la Numismática, que tanto importa á la historia y á la geografía antigua.

No terminaremos esta revista sin dar la enhorabuena á nuestras simpáticas lectoras, porque Mayo sonríe ya con sus flores y sus encantos y ha llegado la época en que pueden disfrutar las delicias indefinibles de la hermosa primavera.

Manuel Fernandez de Vazquez.

VARIETADES.

La Academia Bibliográfica-Mariana de Lérida, anuncia para el día 14 de Octubre del año actual su cuarto concurso de premios, siendo el tema elegido este año como asunto de las composiciones que á ellos aspiren, *Nuestra Señora de Covadonga*.

Los premios para los autores de las mejores composiciones son los siguientes:

Un laud de plata y oro y doce ejemplares de la edicion que se hará de las composiciones premiadas, á quien remita la más digna produccion poética sobre el punto enunciado, bajo la forma de poema.

Una citara de plata y oro, é igual número de ejemplares de la propia coleccion poética, al autor de la oda de mérito mayor sobre el tema propuesto.

También se adjudicará como premio extraordinario para el autor de la mejor composicion poética despues de las que obtengan las antedichas joyas, *un libro de plata* que el Ilustrísimo Obispo no se ha dignado regalar.

La junta directiva de la Academia, con la mira de ensanchar en cuanto quepa el círculo de los escritores que deseen tomar parte en el concurso, ofrece además una *pluma*, también de *plata*, al que resulte haber remitido en correcta y elegante prosa el mejor trabajo histórico, relativo al Santuario de la Virgen que constituye el tema del presente certámen.

Para cada premio habra dos *accesit*, que consistirán en la proclamacion del nombre de los auto-

res y entrega que á cada uno se hará así mismo de una docena de ejemplares de la expresada coleccion poética.

Hace algunas noches tuvimos el gusto de asistir á la reunion que celebraba la sociedad dramática *El Fénix*, y no pudimos menos de admirar los adelantos de los jóvenes aficionados, que con tanto acierto ejecutan las obras de nuestro teatro.

Púsose en escena la comedia titulada *El Preceptor y su mujer* distinguiéndose en ella las señoritas que tomaron parte y los socios que contribuyeron al mejor éxito de la representacion. Después de esta produccion la concurrencia, que llenaba todas las localidades del teatrillo de Buena Vista, aplaudió en la pieza *Las Cuatro Esquinas* á la simpática niña Consuelo Rey, que demostró por primera vez sus excelentes dotes para la escena y lo mucho que puede hacer, si con el estudio constante sigue el ejemplo de nuestros buenos artistas. La atriz en miniatura es una bellísima esperanza. Deseamos verla en otras obras en que pueda lucir aun más su graciosa naturalidad para el teatro.

El Fénix dispone para la próxima funcion un drama de difícil desempeño, y la pieza en un acto *La Doctora en travesuras* en la cual representará un papel interesante la niña Consuelo Rey. Hemos oido decir que brilla por su donaire y su naturalidad la infantil artista.

He aquí algunos pormenores de la exposicion universal de 1867:

La exposicion durará un año. Trátase además de establecer en Paris una exposicion permanente de la industria universal; pero esto es por ahora un proyecto.

Los edificios que en la actualidad se están construyendo en el Campo de Marte, y en que se pondrán de manifiesto las maravillas del mundo entero, estarán abiertos al público desde las nueve de la mañana hasta las doce de la noche.

Todo estará iluminado con gas; allí habrá restaurantes, cafés, conciertos y teatros, y será un punto de reunion que ofrecerá variados alicientes, y donde se podrán pasar las veladas.

Entre las curiosidades referentes á América, habrá en relieve las plazas de todas las grandes ciudades de los Estados-Unidos. En los Inválidos hay modelos de esta clase de planos; pero los que se esperan de América serán levantados con sujecion á una escala mayor.

Como singularidad procedente de la industria francesa, hálase de un reloj, construido por un artista parisiense, con arreglo á un sistema de que es inventor. Está en movimiento hace trece años, sin resortes ni péndola. ¿Es esto el movimiento continuo? El relojero que lo ha construido pretende que sí. Los peritos lo decidirán más adelante.

EDITOR RESPONSABLE.—D. Toribio Ruiz.

Imp. de la Academia Tipográfica,

DIRIGIDA POR LA SEÑORITA JAVIERA MORALES,

Leganitos 47, bajo, y San Marcial 1